

Andalucía desde América: la visión de los exiliados

Hablar de exilios y nostalgias es siempre doloroso. El amplio elenco de las calamidades y desgracias hispanas no figura, empero, muy subrayado en ese capítulo de nuestro pasado regional. Más que proveedora de desterrados, Andalucía ha sido receptora de ellos. Claro es que al hablar así empleamos un lenguaje muy impreciso y vago. Como proscrición, como imposición forzosa por vía coactiva y gubernamental o por reluctancia profunda hacia el régimen impuesto en un momento dado en la vida de la nación, es cierto que Andalucía no encabeza la penosa aportación de otras comarcas, como lo fueron en los tiempos medievales las tierras castellanas o, en la época moderna y contemporánea, el País Vasco o el Principado catalán; pero si consideramos desterrados a los que *pro pane lucrando* y por la conquista de un mínimo vital se ven obligados a buscar en otros solares los medios para ello, Andalucía resalta como indiscutible campeona...

De otra parte, no debemos olvidar que si la aportación sureña ha sido escasa en la dimensión común del tema, en la literatura sobre éste es difícil encontrar piezas que puedan rivalizar en serenidad dramática y hondura psicológica con las que sobre él escribieron Séneca, Cernuda o Juan Ramón Jiménez.

Dentro de tan sugestivo y enriquecedor tema —el punzón del dolor es el más terebrante—, nuestro cometido presente se circunscribe a la imagen histórico-cultural que del Mediodía peninsular dibujaron algunas de las más descollantes personalidades de las muchas a las que el vendaval de la última guerra civil les impelió a abandonar una patria ardientemente sentida y ejemplarmente servida, sin excepción alguna. Dada la amplitud de la cuestión nos hemos visto obligados a hacer un elenco, seguramente falible, de algunas de las posturas más representativas, a manera de ilustración impresionista de un cuadro que merece mejor paleta y más colorido que los que nosotros podemos prestarle; sobre todo, en una ocasión que ha estado en exceso condicionada por los tártagos y apremios que tantas veces deforman la actividad intelectual en la España de hodierno.

Por razones de justicia, y hasta de elemental elegancia —es de bien nacidos agradecer todo esfuerzo por aclararnos desde fuera, que es siempre el mejor observatorio de nuestra personalidad individual y colectiva—, el apresurado boceto debe iniciarse con la descripción de la imagen andaluza acuñada por D. Claudio Sánchez Albornoz en su fecundo y apenado exilio en tierras argentinas. Ya antes, el insigne abulense había allegado numerosas mimbres para la construcción de una visión de Andalucía vigorosa, sugeridora y controvertida, como casi todas las concepciones historiográficas del eximio maestro. El elemento de contraste, más que el polo negativo, de todas las investigaciones

emprendidas en sus deslumbradores y fecundos años de juventud acerca de los orígenes de la reconquista y, en general, de toda la alta Edad Media española fue Córdoba y, de manera muy particular, el Califato. Héroe, batallas e instituciones de los riscos asturiano-leoneses y, en especial, de la formación del condado castellano, se fraguaron y afianzaron con la piedra de toque andalusí. En 1927, fecha de la aparición de *Lecturas de historia de España* —libro que contó, conforme es bien sabido, con la colaboración de un meseteño andaluzado, Aurelio Viñas Mey—, el conocimiento y comprensión de la Andalucía islámica alcanzaron un sobresaliente punto de madurez en la producción bibliográfica del autor de *Los orígenes del feudalismo*. Más adelante —1946— fecha de *La España musulmana*, aún sin poseer la lengua árabe, su puesta al día del *status questionis* sería admirable, al mismo tiempo que no cesaría ya de mecer voluntades ni espolear inquietudes para que varios de nuestros arabistas consagrasen ocios y trabajos a la traslación al castellano de todas las crónicas musulmanas acerca de la etapa de la presencia islámica en España. La imagen bosquejada entonces por la pluma albornaciana en torno de la Andalucía medieval presentaba unos perfiles que sufrirían pocas variaciones en sus ulteriores reflexiones. Sustrato étnico inmovible, intangibilidad de su temperamento y carácter históricos —ya fraguados en las fases precedentes—, plenitud cultural, costumbres, a menudo, sombreadas por la degradación —singularmente en la etapa califal—, son los rasgos más resaltantes del fresco presentado por Sánchez Albornoz a la contemplación y crítica de estudiosos y lectores cultivados¹. Como se habrá advertido, todo él se cimenta sobre una concepción historiográfica que tiene en la inmutabilidad de la antropología histórica su fuente y núcleos esenciales. Concepción que, como también es bien sabido, ha sido larga y brillantemente rebatida por varios de nuestros historiadores y ensayistas más renombrados, para los que, frente a la noción albornaciana, no puede hablarse de España como entidad histórica bien definida al menos hasta la baja Edad Media².

Según acabamos de recordar, la visión modelada por D. Claudio sobre nuestra tierra en su obra anterior a 1936 contiene las notas e ingredientes fundamentales de una imagen que volverá a troquelarse en repetidas ocasiones en la fragua de un continuo y asombroso trabajo, desplegado siempre con mayores pertrechos de inteligencia y vocación que abundancia de medios y oportunidades. Era lógica, por lo demás, que la meditación albornaciana sobre el ser de España se centrara recurrentemente en una de sus telas capitales y vertebradoras. Poetas y cronistas de la España andalusí, Séneca y San Isidoro, Cervantes y Santa Teresa —de biografías andaluzas intensas y aleccionadoras—, Asín y Ribera, García Gómez y Ortega aportan material inagotable para el rumiar del más grande y tenaz meditador de nuestros destinos colectivos³. Sensible al cambio como historiador de raza, puede anticiparse, no obstante, que en todo su quehacer Andalucía se ofrece como una pieza asaz estable en el rompecabezas hispano. Confesado a

¹ La España musulmana. Según los autores islamitas y cristianos medievales. Madrid, 1973, I y II.

² Cfr. entre otros muchos DURAN, J. «Américo Castro y la identidad de los españoles», en Estudios sobre la obra de Américo Castro. Madrid, 1971, 86; GOYTISOLO, J. «Supervivencias tribales en el medio intelectual español» Ibid., 147 y s.s.

³ La obra de SANCHEZ ALBORNOZ en que esta cuestión es más recurrente es Españoles ante la Historia. Buenos Aires, 1958.